

escrito a máquina

Parábola
del Centenario

La Patria y el Poder



Encontraron los pescadores a la joven madre en la áspera roca donde tantas otras habían también esperado.

El viento enlutaba por un momento su ondulante júbilo al agitar su cabello. Creí conocerla, como ciertos rostros de estatuas antiguas cuyo perfil responde a una belleza establecida. Pero al mirarla de cerca me pareció extraña y solitaria.

En su seno reclinaba un niño.

Un pálido niño que quizás había durado un solo día de vida, aunque la brisa, modelando rápidamente, junto con la muerte, sus facciones inmóviles, añadía al rostro débil e infantil una antigüedad precipitada y temible. . .

—Desde que nació —dijo la madre, y notamos que llenaba de tiempo su frase, como solo una madre puede hacerlo— desde que nació vi que sus ojos se asombraban ante el mar. Temí que heredara de su padre la pasión por el mar, el Enemigo. Mas no quise oponerme. Sé lo poco que puede una mujer contra esa sal antigua que se mete en la sangre. Ya desde sus primeros años esperaba las lluvias para enviar sus barcos de papel, ¿A dónde?. . . “Partiremos en cuanto nuestras madres duerman”, dicen ellos. ¿Y siempre llega el día!. . . Un día doloroso de tormenta en que el mar sube con su marea enfurecida sobre los pies de la madre y sube y aprieta sus rodillas y muerde y entra al vientre como un león hambriento a robar de su cueva al hijo. . .

—Entonces él partió. Lo vi volver por la tarde, como ajeno, endurecido a mi suavidad, con olores a sol y a ola, hostiles, que oponían a mis besos una lejanía naciente y aterradora. . . Durmió mal esa primera noche. Yo estaba atenta, sin pegar los ojos, vigilando su sueño. Porque nada en su sueño, lo cruzaba como una agua oscura, hasta que llegó la mañana y me confesó (¡ya lo sabía yo! ¡era la misma locura, el mismo sueño de toda su raza!) —“Tengo una isla de oro”, me dijo. Recuerdo que salí tras él, mirando las huellas de sus pies en la arena. Si! eran las mismas huellas fuertes, obstinadas, de todos los que parten. . .

—Los navegantes que regresaban venían a veces al acantilado: —“Nuevas de tu hijo!”, me decían. Y desanudaban sus grandes pañuelos rojos para darme un papel de tinta esparcida. Letra de mar. Cartas de los puertos. “Siempre he sentido en mí ansia de navegar”, me decía. Y todos los hombres que volvían repetían sus palabras y hablaban su lengua. Yo escuchaba los cantos que él les enseñaba. ¡Todos regresaban con sus cantos en los labios!. . . Pero no volvió más. Hasta hoy.

—Cuando azotó la tormenta y el mar enfurecido ensordecía contra los acantilados yo estaba allí, junto al faro, escrutando las sombras. El corazón de una madre nunca se equivoca. Así son los hombres del mar. Buscan para regresar que les preceda la furia y el torbellino. Llegan a sus lechos como despojo de las profundidades, con algas verdosas y arena negra en las coyunturas. Volvía fatigado y húmedo.

—No me cuentes nada hoy —le dije— Acuéstate y duerme!

Y sonrió la mujer mirando al niño.

—¡Todavía duerme! —dijo.

. . . El más viejo de los pescadores miró a sus compañeros con el rostro amargo. “¡Eha!, gritó. Pero estaban todos como petrificados mirando a la joven madre y al niño pálido. Las mujeres, detrás de ellos, asomaban sus rostros duros y secretos. Silbaba el viento.

—¡Vamos!, repitió el viejo marino.

Y los pescadores comenzaron a alejarse hacia las barcas. Las mujeres iban tras ellos acarreado las redes lentamente.

Yo estaba detrás de la roca, mudo. Me obsesionaba aquella figura absorta con su traje negro y el niño inmóvil. . .

Cuando me acerqué, miró hacia mí, vagamente. Luego miró al niño.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—ULISES, me dijo.